

Unos, con ansia propagando el fuego,
 Hacen que pronto cruja la madera;
 Otros con loco afán quebrantan luego
 La arboladura fuerte y altanera.
 Alguien, llevado de entusiasmo ciego,
 Quita febril del asta la bandera,
 Y haciéndola girones con los dientes,
 Se forma de ella lazos diferentes.

En breve tiempo el popular estrago
 Deja los bergantines destruidos,
 Y en el espejo límpido del lago
 Sobrenadan los restos esparcidos.
 Expresa el pueblo su profundo halago
 Con vítores por nobles presididos,
 Y en los que al són del teponaxtli elevan
 Cantos que el triunfo en sus estrofas llevan.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

Unos, con ansia propagando el fuego,
 Hacen que pronto cruja la madera;
 Otros con loco afán quebrantan luego
 La arboladura fuerte y altanera.
 Alguien, llevado de entusiasmo ciego,
 Quita febril del asta la bandera,
 Y haciéndola girones con los dientes,
 Se forma de ella lazos diferentes.

CANTO SEGUNDO.

Regresa Hernán Cortés de Zempoala.—Es recibido fríamente por los mexicanos.—Entra al cuartel español, y el pueblo se dispone á combatirlo.—Exige Cortés á Moctezuma que calme la ira popular, y éste envía á Cuitláhuac para que contenga á las masas.—Se pone Cuitláhuac á la cabeza del pueblo y ataca á los españoles.—Moctezuma intenta calmar con su presencia la ira de los mexicanos, y es herido con una piedra.—Combates en las calles.—Asaltan los españoles el gran teocalli y son rechazados hasta su cuartel.

Cuando benigna la voluble diosa
 Que se llama Fortuna, con sus alas
 Protege á un sér amiga y cariñosa,
 En él derrama sus celestes galas.
 El héroe que con planta valerosa
 Logra pisar de las empires salas
 El recinto magnífico y sagrado,
 Su camino prosigue acelerado.

Si la brillante luz de la victoria
 Ilumina la senda del guerrero,
 El esplendor de la adquirida gloria
 El porvenir le muestra lisonjero.
 No guarda del peligro la memoria,
 Ni si le amenazó terrible y fiero:
 Ve que el astro del triunfo resplandece
 Y el riesgo á su fulgor desaparece.

En Zempoala vence el castellano
 De Narvaéz á la legion temible,
 Y con sus huestes se prepara ufano
 La campaña á seguir irresistible.
 De la victoria el genio soberano
 Le presta su poder, y así, terrible,
 Recobrando la audacia que le guía,
 Completo triunfo conquistar ansía.

Hernan Cortés, volviendo victorioso
 De Narvaéz tras rápida campaña,
 A la ciudad regresa receloso,
 Que de los suyos teme la zizaña.
 Un ejército bravo y numeroso
 Al capitán intrépido acompaña;
 Y con tan grande ostentación de guerra,
 Los pueblos todos á su paso aterra.

Entra en Tenochtitlan; pero ninguno
 El parabien le da de la victoria;
 No hay en las calles habitante alguno
 A quien ofusque su fulgente gloria.
 Él, que los homenajes uno á uno
 Recibidos ayer, en su memoria
 Frescos conserva, con temor vacila
 Al penetrar en la ciudad tranquila.

¿Qué se hicieron los reyes y señores
 Que con afán le daban sus presentes?
 ¿Por qué en solicitud de sus favores
 No acuden los caciques reverentes?
 Las enramadas de vistosas flores
 Y los adornos de oro relucientes
 Con que ántes celebraba su llegada,
 ¿Por qué no ostenta la ciudad callada?

Todo es desolación, todo aspereza:
 La ciudad, semejante á un cementerio,
 Guarda en su seno sólo la tristeza
 Envuelta entre las sombras del misterio.
 El capitán inclina la cabeza;
 Pero recobra su viril imperio,
 Y obediente á la voz de la bravura,
 En las desiertas calles se aventura.

Cesa después el bélico ruido;
 El pesado rodar de los cañones,
 De las trompetas el marcial sonido
 Y el garboso trotar de los bridones.
 Al cuartel español, fortalecido,
 Penetraron Cortés y sus legiones,
 A quienes por el triunfo conquistado
 Rinde sus ovaciones Alvarado.

Despierta luego la ciudad. Airadas
 Las masas populares, con presteza
 Abren zanjas en calles y calzadas
 Para aislar la enemiga fortaleza.
 De Cuauhtemoc las tropas denodadas
 A la lid se disponen con braveza,
 Queriendo, en sus legítimos rencores,
 Vencer á los odiados opresores.

Contempla Hernan Cortés aquel osado
 Cerco de brava y numerosa gente,
 Y, cediendo á su instinto de soldado,
 Un nuevo ataque á su cuartel presente.
 No teme la refriega su esforzado
 Pecho, que guarda un corazon valiente;
 Mas la falta de víveres podria
 Amenguar de su tropa la osadía.

A Moctezuma llama á su presencia
 Y le dice que al pueblo mexicano
 Tratando están los nobles con violencia,
 Que debe corregir el soberano.
 Que sus órdenes mande, en consecuencia,
 Para que cese el proceder villano,
 Y vuelva la ciudad alborotada
 A tomar su quietud acostumbrada.

El débil Moctezuma quizás cede
 En tal momento á inspiracion divina;
 Acaso á sus temores se sucede
 El odio al invasor que le domina.
 Sabe que Cuitlahuác¹⁴ es quien más puede
 Lograr de los contrarios la ruina,
 Y pide con sumisas expresiones
 Que lleve Cuitlahuác sus instrucciones.

Es Cuitlahuác el principal guerrero
 Del indomable pueblo mexicano,
 Y que Cortés conserva prisionero
 Por temor á su influjo soberano.
 Por el peligro amedrentado, empero,
 Cede sin vacilar el castellano,
 Que irreflexivo ordena diligente
 La libertad del general valiente.

Parte á poco el intrépido soldado,
 Alentando en su pecho la esperanza
 De aniquilar al extranjero odiado
 Para cobrar legítima venganza.
 Contempla Cuiclahuác entusiasmado
 El cerco militar que á ver alcanza,
 Y apresurando el paso se encamina
 A la valla que encuentra más vecina.

Como el que ciego ha estado, y de repente,
 Recobrando la vista, en torno mira,
 Y el panorama rico y esplendente
 De la natura con afán admira:
 Como el que de la patria estuvo ausente
 Y con ansia al volver su aire respira,
 Así es de Cuiclahuác el albedrío
 Al contemplar el bélico gentío.

El bravo Cuiclahuác es saludado
 Por el pueblo, que al verle clamorea,
 Y entusiasta, febril y arrebatado
 En triunfo por las calles lo pasea.
 El general valiente y esforzado,
 Que al enemigo combatir desea,
 Ordena las legiones sin tardanza
 Y contra el fuerte con ardor avanza.

Cuando del mar el escondido seno
 Se estremece al poder de la tormenta,
 De sus abismos nace el ronco trueno
 Que el terror en las almas acrecienta.
 Las playas con amor baña sereno
 Cuando en la calma la quietud presenta;
 Mas si la tempestad su ira provoca,
 Sus aguas salvan la empinada roca.

El pueblo mexicano se parece
 Al inconstante mar en tal momento:
 Tras la calma, de pronto se enfurece,
 Y en esa agitacion ruge violento.
 Su poder semejando, se estremece
 Haciendo ondulaciones turbulento,
 Y en masa asoladora así adelanta
 Hacia el cuartel con atrevida planta.

Dispara al pueblo el formidable fuerte
 Con sus cañones sostenido fuego,
 Que aunque le lleva destruccion y muerte,
 No logra contener su arrojado ciego.
 Hernan Cortés á la contraria suerte
 No quiere resignarse, y sin sosiego
 Por todas partes va, se multiplica
 Y los débiles puntos fortifica.

También el fiero Cuitlahuác pelea
 Con heroico valor; su diestra mano
 Por abrir un portillo forcejea
 Sin cesar, con aliento sobrehumano.
 El pueblo á su caudillo victorea,
 É imitando su esfuerzo soberano,
 Contra los muros del cuartel se lanza
 Queriendo derribarlo en su venganza.

¡Espectáculo hermoso é imponente
 En que la destruccion es la belleza!
 Sólo de un pueblo la ira omnipotente
 Es capaz de adquirir tanta grandeza.
 De pronto un grito atronador, rugiente
 Lanza la multitud, y su fiereza
 Conteniendo de súbito aterrada,
 Eleva hácia la altura la mirada.

Cubierto con la régia vestidura
 Y cifñendo su frente la corona,
 El prisionero Rey desde la altura
 A las revueltas masas impresiona.
 En su semblante el bienestar fulgura,
 Pues la tranquilidad no le abandona:
 Del pueblo airado la atencion reclama
 Y con voz conmovida luego exclama:

“Cesad de combatir, ¡oh campeones
 Que á los pueblos estais sacrificando!
 Aquietad á las bélicas legiones
 Que alborotais sin fruto; yo os lo mando.
 Pronto los extranjeros escuadrones,
 La gran Tenochtitlan abandonando,
 Dejarán de imponernos su presencia
 Que enciende en vuestros pechos la violencia.

“Huésped he sido aquí, no prisionero;
 Jamas se me trató como enemigo;
 Debo ser, como noble, justiciero
 Para el que es franco y liberal conmigo.
 Si al numeroso ejército extranjero
 No quereis dar en la ciudad abrigo,
 Partirá sin tardanza; os lo aseguro;
 Con la fe de monarca yo os lo juro.”

Cesó la voz de Moctezuma, y presto
 De entre la muchedumbre se adelanta
 Un gallardo adalid, jóven y apuesto
 Que al fuerte llega con segura planta.
 Es Cuanhtemoc, que á protestar dispuesto,
 La altiva frente hácia su rey levanta,
 Y con la vista hiriéndole el semblante,
 Le dice así su acento resonante:

“Ni guerrero, ni Rey, ni mexicano
Eres cuando bendices tus cadenas;
De esclavo, de cobarde y de villano
Es la sangre que guardas en tus venas.
La manceba serás del castellano
Que se goza al mirar tus duras penas;
Y pues la majestad diste al olvido,
Digno eres de morir envilecido.”

Dijo, y lanzando con viril fiereza
Una piedra al monarca degradado,
La corona imperial de la cabeza
Le arranca y le derriba ensangrentado.
El asalto repite con presteza
El pueblo, á tal ejemplo arrebatado,
Y en espantosa lucha con la muerte,
De nuevo empieza á demoler el fuerte.

Pronto el soberbio pueblo mexicano,
De su jefe á la voz firme y guerrera,
Hace temblar el fuerte castellano,
A cuya guarnicion el riesgo altera.
Del bravo Cuitlahuác la diestra mano
Agita de la patria la bandera,
Causando en esa multitud airada
Más aliento la enseña venerada.

Dispone Hernan Cortés sus escuadrónes,
A los que cubre resistente acero,
Y con ímpetu ataca las secciones
De Cuitlahuác, que le rechaza fiero.
En confusa reunion ambas legiones
Sostienen un combate carnicero,
En el que los distintos combatientes
Llevan á cabo hazañas sorprendentes.

Un mexicano aquí, de la montura
Arroja á un español, y con presteza
En el suelto caballo se asegura
Y del contrario imita la entereza.
Más allá un castellano, con bravura
Arranca de un mandoble la cabeza
De un mexicano fuerte y corpulento,
Que ejemplo es de valor y atrevimiento.

Las mexicanas flechas silbadoras
Llevan la destruccion al enemigo,
Y las mazas de guerra aterradoras
Sin descanso le dan mortal castigo.
Las chusmas tlaxcaltecas y traidoras,
A las que no defiende el férreo abrigo,
Van pereciendo al choque poderoso
Del pueblo, que combate valeroso.

Los fogosos corceles triturando
 En su marcha veloz los cuerpos yertos,
 Van las compactas filas separando,
 De blanca espuma y de sudor cubiertos:
 Los cañones, el hierro vomitando,
 La tierra siembran de adalides muertos;
 Y del clarín el eco formidable
 Es señal de exterminio inexorable.

Logran al fin las tropas castellanas,
 Con el empuje de su fiero brío,
 Domeñar de las huestes mexicanas
 El ataque titánico y bravo.
 Empero, las alturas más cercanas
 Al cuartel, cubre el bélico gentío,
 Conteniendo, ya en ellas resguardado,
 Del enemigo el avanzar osado.

En vano Hernán Cortés con sus guerreros
 Quiere desalojar al enemigo;
 Su denuedo rechazan los flecheros,
 A quienes cubre protector abrigo.
 Los mexicanos, bravos y altaneros,
 Que el patriótico amor tienen consigo,
 Con heroica fiereza se defienden
 Y con sus tiros al contrario ofenden.

Vano es también que el capitán osado
 Haga salir baluartes de madera,
 Que rodando en el suelo ensangrentado,
 Llevan la destrucción por donde quiera:
 El pueblo, más y más entusiasmado,
 Arroja sobre ellos tan certera
 Granizada de piedras, que rechaza
 Descompuesta del todo esa amenaza.

Impotentes los bárbaros aceros
 De los hijos del Sol aborrecidos,
 No alcanzan á domar á los guerreros
 Que sostienen la lucha embravecidos.
 Con tal certeza el escuadrón de honderos
 Lanza los proyectiles tan temidos
 Contra la fuerza odiada y enemiga,
 Que á retirarse á su cuartel la obliga.

Comprende Hernán Cortés que es imposible
 La defensa, si está posesionado
 Del teocalli el contrario irresistible
 Que sin cesar le acosa denodado.
 Piensa que de sus fuerzas el terrible
 Empuje, que cien triunfos ha logrado,
 Puede quitar la formidable altura
 Al enemigo, y á ello se aventura.

Tal como á veces el volcan rugiente,
 Por sus igneas entrañas sacudido,
 De su profundo cráter lanza hirviente
 La lava que en su seno ha contenido;
 Así de su cuartel sale imponente,
 Para asaltar el templo defendido,
 La numerosa hueste señalada
 Para llevar á cabo tal jornada.

Y como el fuego del volcan devora
 Lo que encuentra á su paso, de esa suerte
 De Hernan Cortés la fuerza asoladora
 Lleva consigo destruccion y muerte.
 La guarnicion del templo, aterradora,
 Resiste aquel empuje bravo y fuerte.
 Logrando defender con valentia
 Del teocalli la vasta graderia.

Mira Cortés la heroica resistencia
 Que el enemigo á su legion o pone,
 Y al frente de otro grupo, con violencia
 A marchar al asalto se dispone.
 Del capitan valiente la presencia
 Presto los soldados sin sosiego,
 Arrojo tal en sus soldados pone,
 Que al fin logra domar de los contrarios
 Guerreros, los esfuerzos temerarios.

Las filas tlaxcaltecas, dirigiendo
 Sus tiros á las tropas mexicanas,
 Van el rápido avance protegiendo
 De las audaces fuerzas castellanas.
 Cortés, la espada con vigor blandiendo
 Y ejecutando acciones sobrehumanas,
 Abre paso en la tosca graderia
 A sus guerreros que valiente guia.

A su terrible ejemplo, los soldados
 Libran en el teocalli la batalla,
 Y de bélico ardor arrebatados
 Logran romper la resistente valla.
 Entre los asaltantes denodados,
 El grito de ¡victoria! al fin estalla:
 Tomaron ya la formidable altura,
 Y con ello su triunfo se asegura.

Cortés ordena se destruya luego
 Del dios Huitzilopochtli el santuario,
 Y al punto brota por doquier el fuego
 Que enardece el rencor del adversario.
 Presto los sacerdotes, sin sosiego,
 En vista del incendio temerario,
 De nuevo al pueblo á combatir excitan
 Y en contra de Cortés se precipitan.

Cual suele, oscureciendo el firmamento,
 La tromba que aparece aterradora,
 Arrastrar, en su raudo movimiento,
 De destruccion la fuerza asoladora;
 Así impelida por su ardor violento,
 La mexicana grey, á quien devora
 El sacrilego ultraje, se abalanza
 Al español, sedienta de venganza.

Y así como la tromba, suspendida
 En el espacio, avanza y amedrenta,
 Y de pronto, tras ruda sacudida,
 Con terrible fragor truena, y reventa;
 De la misma manera, embravecida
 La multitud, acosa turbulenta
 A la temible hueste castellana
 Que vanamente en resistir se afana.

Arrollados de pronto los guerreros,
 No pueden resistir el choque rudo;
 Inútilmente esgrimen los aceros,
 Y es vano que aperciban el escudo.
 No es sólo la falange de flecheros
 Que les arroja el pedernal agudo
 La que les acomete embravecida;
 Es una muchedumbre enfurecida.

Los principales jefes manejando
 La macana¹⁵ con fuerza formidable,
 Van en tierra los cuerpos derribando
 Del enemigo, que era invulnerable.
 Otros, con grandes mazas, van diezmando
 La hueste del contrario abominable;
 Y todos, con intrépida osadía,
 Le acometen y cercan á porfía.

En medio del combate, los soldados
 Cuerpo á cuerpo batallan confundidos,
 Y estrechamente juntos y abrazados
 Prosiguen en la lucha enardecidos.
 Algunos españoles, acosados
 Por enormes maderos encendidos,
 Buscan en su terror fuga ligera,
 Y ruedan del teocalli la escalera.

La armadura quién deja destrozada
 Al rodar en la extensa gradería;
 Quién, con un resto de la férrea espada,
 Va dando golpes en la losa fría;
 Quién, la robusta lanza abandonada,
 Deja, intentando asirse con porfía;
 Así bajan los hombres, produciendo
 En su espantosa fuga horrible estruendo.

Del gran teocalli en la gigante altura
 La voz de triunfo se alza formidable,
 Encendiendo en las masas la bravura
 Que aumenta su poder incontrastable.
 La legion castellana se apresura
 A escapar del peligro inexorable,
 Y en confusion terrible y espantosa
 Esquiva la contienda desastrosa.

No se aterra Cortés: su pecho osado
 Guarda en el riesgo un corazon valiente:
 A su ejército mira destrozado,
 Y la marcha dispone indiferente.
 Ordena sus legiones esforzado,
 Y de las filas ocupando el frente,
 Dirige hácia el cuartel la retirada
 En formacion perfecta y ordenada.

En tanto, Cuitlahuác, con sus guerreros
 Atacando la odiada fortaleza,
 Valiente alcanza triunfos verdaderos
 Que de su hueste avivan la entereza.
 Ya un escuadron de tlatelolcas fieros
 El recio muro á demoler empieza,
 Y al interior en breve penetrando,
 Irá á los de Cortés aniquilando.

Pero vuelve Cortés, y su presencia
 Temor infunde al pueblo mexicano,
 Que de su ardor contiene la violencia
 Creyendo que su intento será vano.
 Dispone Cuitlahuác la resistencia
 En un grupo de casas no lejano,
 Y posesion tomando de la altura,
 Tener á raya al español procura.

FIN DEL CANTO SEGUNDO.